

mas que todos los abogados: se apodera de las memorias y consultas de la parte contraria; expone los hechos tales como esta parte los presenta, y concluye contra los Jesuitas con el aplomo mas disparatado. Los Jesuitas están destinados á ser reos, y ya que un abogado lo ha dicho, Vicente Gioberti lo asegura bajo la fe de su odio y enemistad. Si Affanaer, el bribon doméstico de los padres de la calle de Postas, hiciese al abate Gioberti el honor de confiarle la redaccion de las memorias de su prision, apostaria ciento contra uno á que el equitativo abate sabria componer las cosas de tal modo que este honrado M. Affanaer hubiese sido despojado por los Jesuitas. Aun no estamos ciertos de si ya el gran filósofo ha insinuado algo de esto; pero de seguro se hallará siempre dispuesto á certificarlo.

Por esto mismo se encuentra alguna cosa buena en el abate Gioberti. En cada frase, en cada palabra, os arroja un ultraje á la cara. Por poco que dejeis de abundar en su sentido, sus palabras venenosas os maldicen; y si su pluma fuese aguda como un puñal, su pluma mataria. Este hombre tiene siempre una idea fija; se embriaga con su quimérica aversion como otro pudiera hacerlo con los licores mas espirituosos. Cuando, por casualidad, á ejemplo de la Messalina de Juvenal, se encuentra cansado, pero no satisfecho, le vereis darse golpes de pecho y confesar (1) "que las injurias son una grave falta para el que las pronuncia, sobre todo cuando provienen de una pluma sacerdotal."

Pues bien, sacerdote, abrid vuestro *Gesuita moderno*, por cualquiera página que os plazca; parad la vista sobre cualquiera línea; y si en ella no se encuentra una afrenta á la razon pública ó á la verdad, ó un insulto á cualquier nombre venerado por la Iglesia, por las monarquías, ó por las bellas letras; si todo esto no se encuentra acompañado de elogios deplorables tributados á todos los sacerdotes renegados ó entredichos, á todos los conspiradores aventureros, á todos los incrédulos y consumistas, y á todos los farsantes que quieren superar á Bosuett en punto á moral; desde luego publico que vuestros escritos son pequeñas obras maestras de caridad. Me aprovecharé de vuestra trompeta, siempre épica, y con ella proclamaré por todo el mundo que sois el Vicente de Paul de la literatura italiana, el verdadero Vicente, que jamas será aquel de cuyas cartas tan páfidamente sabeis abusar en vuestros comentarios.

El *Contemporáneo*, que se cree periódico del progreso, porque sueña con la economía política y con la guardia nacional, habla en un segundo artículo "de la veneracion que todos conservan á la gloriosa memoria del inmortal Clemente XIV, tan dignamente

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXXVII

defendido al presente por el filósofo mas ilustrado de nuestra Italia, Vicente Gioberti." Este ilustrado filósofo tiene un termómetro infalible para juzgar á los hombres. ¿Sois acaso en todo, y por todo, constante enemigo del Jesuita y admirador fanático de sus adversarios, aun en sus mismos delirios? Pues desde ahora podeis contar con que sois predilecto del abate, quien os ama con toda la fuerza de su alma, os decreta una corona mural en sus libros, y os erige altares en su corazon. El antiguo abate de la Mennais y el regicida de intencion, obispo cismático de Blois, Enrique Gregoire, el capuchino renegado Norberto y todos los Moeller de Lovaina, tienen allí su lugar destinado. Pero en el momento que os opongais en lo mas mínimo á cualquiera de sus mandatos, ya no sereis mas que un escritor sin autoridad: este es el sistema que Gioberti aplica á cuantos hombres son el orgullo de la literatura europea.

Silvio Pellico, el amigo de su juventud, el mártir de la libertad, ha sufrido tambien el pago de sus censuras. ¿El gran poeta es muy culpable en efecto! En el momento en que se desdeñaba de aceptar la dedicatoria de los *Prolegómenos del Primato* que el abate Gioberti queria hacer pasar bajo el contrabando de una antigua simpatía, Silvio Pellico dejaba por un momento su reposo para dar cuenta de mi Historia de los Jesuitas. El autor, que es una de las glorias de la Italia, patrocinaba una obra francesa. Me ensalzaba con sus elogios, miéntras que públicamente se evadia de la responsabilidad moral que el sacerdote piemontes queria imponerle. Hasta entónces, Silvio habia sido un escritor célebre que, mejor que otro cualquiera vulgar, gozaba incontestablemente del derecho de fallar sobre el mérito real de una obra. Porque, ¿quién niega á los poetas por el estilo de Silvio y de Manzoni el don de la ciencia y el de una doble vista? No sucede así respecto del abate Gioberti. "En la actualidad, dice éste (1), confieso que si se tratase de un punto de poesía, de literatura, de moral ó de religion práctica, ó de otras materias relativas al amor y á la imaginacion, el dictámen de Silvio Pellico seria para mí de gran peso: tal es el aprecio que hago de este hombre notable por la grandeza de su alma, y por su genio. Pero versando la historia del frances sobre cuestiones de teología y de historia, el caso varia en cierto modo. . . . ¿Qué juicio puede él formar de los fastos jesuíticos? ¿Ha hecho, acaso, los estudios necesarios para hablar de estas materias con conocimiento de causa?"

Hé aquí á Silvio Pellico, despreciado, cual si careciese de sentido comun, y á quien se dice: zapatero, á tus zapatos; un poeta no puede hacer mas que versos, y no sirve para apreciar un hecho histórico; no puede distinguir lo verdadero de lo falso, ni compren-

(1) *Discorso preliminare*, p. DVII.

der siquiera lo que está al alcance de todos. Pero, dejando esto á un lado, César Cantú, Augusto Peruzzi, Jaime Balmes y Federico Hurter, estos graves historiadores, esos hábiles polemistas, que son la gloria de Italia, España y Alemania, no son poetas, á quienes el abate Gioberti, por poco Platon que sea, arrojará fácilmente de su república. Es preciso contar con ellos, aun cuando se hable de los Jesuitas. Respecto á éstos, el abate Gioberti, salta por todo y corta el nudo diciendo: (1) que estos autores notables y dignos de toda la consideracion posible, están mas versados en el conocimiento de los libros que en el del mundo.”

Para juzgar un libro, aun estos hombres no son bastantes. ¡Ah! si Cantú, Peruzzi, Hurter y Balmes, viviesen en el mundo que Gioberti se ha creado; si acudiesen á sentarse en el hogar de los renegados, constituyéndose los apologistas de todas las perversidades, aplaudiendo las impuras concepciones de tantos genios maléficis, entónces sí que les engrandecería en autoridad y en sabiduría; pero ellos se contentan con ser justos y virtuosos. A la manera de Silvio, se ven como él, tachados del catálogo de los sabios que pueden tener una opinion sobre la Compañía de Jesus. El cardenal Cadolini, una de las lumbreras de la Iglesia, ha condenado al abate Gioberti; el cardenal Cadolini se ha engañado, como Silvio, Balmes, Peruzzi, Cantú y Hurter. Cristóbal de Murr, uno de esos doctos, que, por la multitud de sus trabajos han esclarecido á la humanidad, ha publicado una multitud de documentos inéditos en favor de los Jesuitas. A este tambien lo somete Gioberti al crisol de sus excepciones. “Murr, dice, fué un hombre muy instruido en la filología, y en cuanto á la historia, puede decirse que tambien fué uno de los autores mas fecundos del siglo pasado (2).” Me parece que para estudiar y comprender documentos, éstos no son malos títulos. Pero aun falta mas. Cristóbal de Murr era protestante; y por esto su testimonio debia ser mas precioso; “pero añade el viejo abate, Murr fué muy amigo de los Jesuitas, lo que hizo creer á todos que era católico en secreto, y aun á algunos, Jesuita de sotana corta.”

Ya veis que éste es un argumento sin réplica. Para este sacerdote nada es digno de fe, sino lo que nace y continuamente se mece en los brazos de la heregia. Si os encontrais en el círculo de la Iglesia universal, con solo que se os supongan tendencias católicas ó de justicia distributiva, en el instante mismo ya no merecis crédito alguno. Sois católico en secreto, y Jesuita de sotana corta, que es aun peor: hé aqui el proselitismo del abate. —Su *compelle intrare* se reduce á decir: sed herege, sed ateo si os

(1) *Gesuita moderno*, t. I. ° DVII.

(2) *Gesuita moderno*, tom. II, pág. 526.

parece; cerrad los ojos á la luz y entónces creo en vos; pero cuidado con mostrar la menor inclinacion, la menor muestra en favor de la Unidad, porque entónces ya os tendré por Jesuita disfrazado. Los Jesuitas son los enemigos constantes del abate y el azote de la Iglesia.

Los fallos pronunciados en el *Gesuita moderno* son todos por el estilo. Luteranos de un talento elevadísimo, escritores de la mayor nota, ya en historia, ya en política, tales como Ranke, Schöell, Muller y otros, no han creido que podian aceptar el pontificado de Ganganelli como el mas bello y mas sabio de todos los pontificados posibles; no tuvieron la elasticidad de conciencia, ó mejor dicho, el entusiasmo de odiosa intuicion propia del *Contemporáneo* y de la *Revue de Louvain*. En su tribunal de protestantes ilustrados, Clemente XIV fué apreciado en lo que justamente valia como papa y como príncipe. El abate Gioberti interviene; se guarda bien de discutir la sentencia, se contenta con revocarla. Acusa á Schöell el lenguaje de la historia, de la historia que los Jesuitas en manera alguna han fomentado, así como reprende á Chateaubriand, ó á M. Villemain, cuando aseguran que Pascal, en sus *Provinciales*, faltó mas de una vez á la verdad. Así se expresa el abate Gioberti (1): “El aserto de Schöell es tan vano contra la evidencia de los hechos, como el de Chateaubriand y Villemain, cuando quieren probar que Pascal fué un falsario y un calumniador, y no se comprende cómo Schöell, en una obra tan voluminosa y de tan amplia y difícil composicion, ha podido, siendo un sabio, juzgar tan ligeramente, y errar sobre un punto tan accesorio á su principal objeto, ni cómo, siendo protestante, ha podido ser arrastrado por sus ideas políticas á favorecer y patrocinar en los Jesuitas al instrumento mas eficaz y mas activo de los gobiernos absolutos y despóticos.”

M. Lenormant envidiaria estas palabras al refugiado piamontes, quien, por toda razon, cuando le estrechan, echa mano del absolutismo y sale del paso. Los gobiernos absolutos tienen necesidad de los Jesuitas. Los Jesuitas se apoyan en los gobiernos absolutos; Schöell, segun el abate, favorece á los Jesuitas con objeto de hacerlo á los gobiernos absolutos; y yo, segun M. Lenormant, “en el interes de combinaciones políticas, que él allá se forja, hago los mayores esfuerzos para inclinar definitivamente á los Jesuitas al lado de los gobiernos absolutos.” Schöell parece que no salió con su intento; y en cuanto á mí, para tranquilizar á MM. Gioberti y Lenormant, debo confesar que temo mucho no ser mas dichoso que el diplomático prusiano. Los gobiernos absolutos se las compondrán como puedan.

(1) *Gesuita moderno*, tom. III, páginas 117 y 118.

Pero ya que el autor del *Gesuita moderno* excluye de su cofradía á todos los escritores que se creen con suficiente criterio para formar juicio sobre algo; ya que Silvio, Hurter, Balmes, Peruzzi, Cantú, Cristóbal de Murr, Ranke, Schœll, Chateaubriand, Villemain están fuera de su comunión, veamos y examinemos ahora las autoridades de que se rodea este sacerdote. ¿Creeréis sin duda que así como todos nosotros hijos sumisos de la Iglesia, aceptará el dictámen y parecer de los obispos, que respetará á estos primeros pastores de almas, y que á fin de hacer honorar su sacerdocio, honrará á los gefes que la gerarquía eclesiástica le ha dado? Nada de eso. Existe en Francia un prelado cuyo valor ha estado siempre á la altura de sus virtudes, prelado que es el tipo de la firmeza episcopal y de la caridad cristiana. Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París, no obtiene del fogoso abate sino palabras de reprension y desprecio. Cristóbal de Beaumont es afecto á los Jesuitas; y con esto se explica todo. Pero si en cualquier rincon del mundo existe algun antiguo carbonario en el poder; y si este carbonario ha conspirado contra sus príncipes legítimos, éste ministro pasará por un grande hombre en el *Gesuita moderno* (1). Sus traiciones de 1820, sus traiciones futuras tendrán su apoteosis, mientras que serán infamadas las virtudes de Cristóbal de Beaumont. En los clubs de los carbonarios piamonteses de los que fué presidente en uno de ellos en 1820, se juraba: ¡odio eterno á la Iglesia y muerte eterna á los reyes por la gracia de Dios! En la metrópoli de París, el nombre del otro es todavía venerado; y en los recuerdos del pueblo, su fé ardiente, sus persecuciones y su inagotable caridad han hecho de ese nombre una gloria. El sacerdote italiano quiere cambiar todo esto. El uno es hostil á los Jesuitas, y el otro combatió en su favor; hé aquí el secreto de sus preferencias y de sus exclusiones. Esta receta será siempre la misma, y la vereis aplicada para todos y contra todos, segun la fórmula.

Por eso las *Provinciales* de Pascal, cuya lectura está prohibida en la diócesis de París bajo pena de excomunion, las *Provinciales*, obra inclusa en el *Index* de Roma, son el breviario predilecto, el evangelio del sacerdote católico italiano en París. Voltaire, Chateaubriand, el mismo M. Villemain, que no es un gran Jesuita, han probado que Pascal fué un calumniador sublime. ¿Qué importa al abate Gioberti esta cualidad de sublime de que él se priva con una abnegacion verdaderamente demasiado perseverante? Pascal será calumniador ¿acaso; pero como no calumnió sino á los Jesuitas, Pascal es por lo tanto (2) “un escritor eminente en po-

(1) *Gesuita moderno*, t. 3, p. 589.

(2) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 487.

sesion de la estimacion pública, y cuya veracidad no necesita pruebas.”

Sin dejar por eso de inclinar mi cabeza ante el genio del autor de las *Provinciales*, me será permitido examinar si el secretario no tuvo de qué acusarse á sí propio de algunos de esos pecadillos, de los que le han hecho un crimen casi todos los hombres que valen algo, ya sean jansenistas, ya filósofos, ya protestantes, y aun los incrédulos. He comparado en las ediciones originales el testo de los teólogos de la Sociedad de Jesus, con las citas que de ellos hace Pascal para las necesidades de su causa; y despues de haber cogido aquí y allí mas de una falsificacion bien determinada, consigne en la *Historia de la Compañía* el fruto de mis investigaciones. El abate Gioberti me castigó cruelmente por mi irreverencia. “El suponer tan solo, dice el abate (1), que un genio tan admirable, y un hombre tan sincero y eminentemente piadoso como lo era Pascal, fuese capaz de falsificar testos, y quisiese así exponer su honor y el de la religion á la ruina inevitable de las causas que se apoyan en medios semejantes, cometiendo públicamente una accion detestable vedada formal y gravemente por la pura y rígida moral que él profesaba, y que hubiera muerto con tales sentimientos, sin experimentar el menor remordimiento, sin hacer ninguna retractacion, es una cosa tan inverosímil que, &c. &c.” El período es un poco largo, porque el abate, entre otras gracias, acostumbra despreciar en primera línea aquel precepto de Boileau:

El que no sabe limitarse, jamas supo escribir.

Tiene á su servicio palabras de marca mayor y adverbios que no le van en zaga. Pero la cuestion de buen gusto debe subordinarse á la cuestion de principios. En el modo de pensar del abate Gioberti, Pascal no puede ser falsario; es imposible que ni siquiera haya alterado un solo testo; de donde se sigue que soy yo el reo convicto y confeso de tan errónea imputacion. Para llevar adelante su idea, el abate Gioberti no se dirige ya ni echa mano de su ilustre eclesiástico belga ni de su sábio y piadoso sacerdote de la mision. No tiene necesidad, como para las desfiguradas cartas de San Vicente de Paul, de buscar un cómplice. El solo, completamente solo, tiene que cargarse con la tarea de embrollar y confundir lo que es mas claro y sencillo, y va á ponerlo por obra en honor de Pascal.

Bajo este punto de vista, yo soy culpable en triple sentido. No he abordado la cuestion de las *Provinciales* sino incidentalmente

(1) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 487.

y en una nota. No presento sino cuatro textos y éstos no como sustancialmente falsificados, sino como inexactos; y además yo no pruebo su importancia.

No entraba en mis planes escribir una obra de controversia sino de Historia. He debido, pues, limitarme á lo mas preciso, sin tener necesidad de echar mano de lo superfluo para demostrar lo que ni aun los mismos jansenistas jamas han negado. M. Gioberti tiene en Pascal mas fé que en el Evangelio. Permite á los cuerpos francos que discutan el Nuevo Testamento; pero se indigna á la sola idea de poner en duda los textos citados por Pascal. Esto es de reglamento: sin embargo, no habia una precision de que sus sueños de progreso arrastrasen al digno filósofo italiano hasta cometer un error voluntario. Yo no he presentado los textos de Pascal, como inexactos solamente. Esto seria un motivo de polémica que mejor podria apropiarse el verídico comentador de las cartas de San Vicente de Paul; pero yo no me creo exento de ella. Lo que dije en una de mis notas á la *Historia de la Compañía* fué, que el primero y tercer texto de los citados eran completa y materialmente falsos; y en cuanto al segundo, que era inexacto, puesto que Pascal no citaba mas que la mitad. Y aun en este sentido el texto mutilado puede considerarse como falso, cuando por sola su mitad se atribuye malignamente al autor, al padre Bauny, una doctrina que no profesó jamas.

En el pasage de Valencia, indicado por el escritor jansenista y aun en el largo artículo que M. Gioberti copia de este autor, nada se habla de beneficios ni de dinero dado por los beneficios. El teólogo habla solamente del ministerio ó de los actos del ministerio eclesiástico, tales como la misa, el rezo del oficio divino, &c. Pero, replica M. Gioberti, lo que Valencia dice de la misa, del oficio divino y de los demas ministerios eclesiásticos, puede y debe aplicarse igualmente á los beneficios eclesiásticos; luego Pascal no es falsario extendiendo á estos casos ó á todos lo que Valencia sienta respecto á uno particular.

Generalizar los casos particulares ha sido siempre uno de los argumentos favoritos de Pascal. Los teólogos saben, y aun los filósofos que están á la altura del abate Lausana no lo ignoran, que este principio y un modo de raciocinar semejante es el gérmen mas fecundo de los errores y falsificaciones. M. Gioberti, que tantas de éstas conserva en sus escritos, bien pudiera habérsela perdonado á Pascal; pero él tiene mas necesidad de indulgencia que el jansenista. Sin embargo, debe haber oido que las cosas espirituales que son materia de simonía, se dividen en dos clases, las unas, tales como los beneficios y las dignidades de la Iglesia, jamas pueden ser dadas ni recibidas por dinero, ya considerado

como precio de la cosa, ya como motivo que impulse á la concesion, y Valencia se guarda muy bien de enseñar una doctrina contraria y opuesta á la de todos los teólogos. Las otras, tales como ciertas funciones eclesiásticas, la misa, el oficio divino &c., jamas pueden ser compradas ó vendidas á precio de plata; pero no por eso son incompatibles con ciertas retribuciones ofrecidas, segun Santo Tomas, como honorarios y limosnas para la manutencion de los eclesiásticos. En ese caso, es permitido algunas veces dar ó recibir dinero, pero en materia de beneficios, jamas.

Por donde se ve que Valencia, en el pasage citado, no habla sino de las cosas eclesiásticas susceptibles de retribucion. Sus razonamientos, sus deducciones giran sobre esas hipótesis; esto es evidente. Valencia, siguiendo á Soto, comenta un testo de Santo Tomas, que se refiere únicamente á las distribuciones en metálico que los clérigos reciben por su asistencia al coro. "Distribuciones cotidianas, dice la glosa, introducidas con objeto de obligar á los canónigos á mayor asiduidad en los divinos oficios (1). "Que de este texto de Valencia se saquen mayores ó menores sutilezas, esto en nada cambia la esencia de la cuestion. Lo que es claro é indisputable para todo el mundo, ménos para Pascal y para M. Gioberti, es que aquí no se trata de beneficios sino de esos oficios eclesiásticos, por los cuales es permitido recibir dinero no como precio de la cosa espiritual, que por sí es inapreciable, sino como motivo para cumplirla ó confundirla. Pascal pretende lo contrario, Pascal por consiguiente, calumnia á ciencia cierta.

La tacha de impostor al renombre de Pascal, llega hasta el corazon del abate Gioberti. El sacerdote no encuentra diariamente enemigos de la Compañía de Jesus tan sábios y elocuentes, y enemigos con quienes únicamente, por la mútua aversion á los Jesuitas, tiene punto de contacto. Toma su querrela como propia, y me acusa gravemente de haber metido en el texto palabras que Pascal no añadió sino como explicacion y entrecomadas. Pascal me parece demasiado grande para cargarle tan sucia estratagema que apenas podria tolerarse en el célebre filósofo y abate Gioberti. Pero ya que este así lo quiere, separarémos las palabras que él llama explicativas, y el periodo no presentará un sentido completo, y aun á pesar de la imperceptible precaucion de las comillas, puede confundirse perfectamente las palabras que se dicen intercaladas por Pascal, con las que él mismo atribuye á Valencia.

A pesar de las triunfantes aserciones del sacerdote piemontés, el testo original del P. Bauny no presenta las dificultades de forma con que Pascal tuvo la pequeña malicia de acriminar al de Valencia. El Jansenista clasifica al Jesuita; y hace con sus palabras un

(1) *In cap. unic. den clero no resid. in 6 vers. præsupponendum.*

juego de cubiletes. Por de pronto le usurpa primero la mitad de su pensamiento escrito, mitad que deja á la otra ininteligible é incompleta; y despues á este giron de doctrina así desfigurada, zurce otro pasage que, á causa de la sustraccion hecha al primero, se halla en contradiccion abierta ó al ménos aparente con aquel; contradiccion que desaparece desde el momento en que se restablece el texto en su integridad. Los dos pasages de Bauny, juntados por Pascal, sin duda alguna se oponen entre sí de una manera palpable. El segundo habla de una ley general que se refiere á todos los sacerdotes; y el primero á una obligacion particular que uno de aquellos puede imponerse libremente, lo que lleva en sí una notable diferencia. Hay medidas que pueden ser funestas si se presentan como ley general; pero son saludables y practicables, cuando se limitan á una obligacion voluntaria á la que se adhieren ciertos individuos que se creen con la fuerza suficiente para observarlas.

En cuanto al tercero y cuarto texto de Reginaldo y de Cellot, M. Gioberti quiere con ese acento de conviccion que engendra la duda en lugar de satisfacer, probarnos que los antiguos, *gli antichi*, son los santos padres, y nosotros creemos que la palabra antiguos indica buenamente los que han vivido ántes que nosotros, y nada mas. Esto es lo lógico, pero no lo entiende así el gran filósofo. A pesar de su oposicion, y quizá á causa de esta misma, insistimos en nuestra idea; porque si Reginaldo y Cellot hubieran querido designar con las palabras *gli antichi* á los padres de la Iglesia, no podian ignorar que la sola palabra latina *veteres* no bastaba en este caso. Los santos padres quedan confundidos en esta locucion, con todos nuestros antepasados, y mucho ménos puede aplicarse directamente á ellos, cuando se trata de beneficios y de leyes que rigen para los beneficios; beneficios y leyes que no existian en su tiempo. El texto de Diana que suministra á Pascal y al abate Gioberti una inocente diversion, precisa bien claramente el sentido de la palabra *veteres*. “Los antiguos decian que sí, profesa Diana; los modernos dicen que no.”

Si yo quisiera tener algun punto de semejanza con el abate Gioberti, como él pediria perdon al *carissimo, illustrissimo y gentilissimo lettore* del trabajo y tarea que me he tomado á riesgo de cansar con citas relativas á la ciencia teológica; pero estas formalidades de cortesía servil no se encuentran sino en nuestro abate; y paso á otra cosa, sin sufrir semejante humillacion.

De Pascal volverémos á los Jesuitas, pero á los dobles Jesuitas de la Congregacion de religiosas del Sagrado Corazon. Cualquiera diria que este sacerdote ha jurado no dejar en pie ninguna institucion gloriosa á la Iglesia. Los Jesuitas, desde hace tres siglos, y las religiosas del Sagrado Corazon, desde su fun-

dacion, se han dedicado á la educacion de la juventud. A estas escuelas, de donde han salido tantos hombres, que en las armas, en la magistratura, en las ciencias y en la administracion, fueron el honor de su patria, y tantas mugeres que fueron el contento de sus padres, la felicidad de sus esposos y el orgullo de sus hijos, á esas mismas escuelas el abate Gioberti pone un sello de reprobacion. “¡Desgraciado! esclama (1), desgraciado del inocente que cae en manos de estos padres y de estas madres! éste inocente se convierte en el instante en un traidor y un espía.

Un traidor! un espía! y los padres del instituto y las madres del Sagrado Corazon, no pueden formar esto, y hay valor para decir eso de los Jesuitas; de esos hombres verdaderamente grandes y que cuentan entre sus discípulos los hombres mas ilustrados, que tanto en la paz como en la guerra sobresalieron entre sus contemporáneos por su genio, por su ciencia y por su justicia. De unas madres como las del Sagrado Corazon, cuando apenas hay casa en Europa que no contemple con amor en su seno á una de esas jóvenes madres instruidas en todos los deberes de familia por las madres del Sagrado Corazon. ¿Qué importa al abate Gioberti este reconocimiento de los siglos? ¿qué son para él esas felicidades domésticas que inspiran las mas dulces, las interesantes virtudes? Este mundo no es el suyo. Este sacerdote solo comprende á los hombres, dispuestos siempre á aborrecer ó conspirar, á mugeres dispuestas á venderse, y á renegados siempre en busca de una nueva apostasia. Hé aquí los tipos tal cual los desea. Pero los Jesuitas ni las madres del Sagrado Corazon no producen semejantes generaciones; las doctrinas de Gioberti y sus parciales son sí las que las corrompen; y así corrompidas, se quiere formar con ellas una sociedad católica basada sobre un pontificado moderno y civil semejante al de Clemente XIV, de cuyo modelo se piensa sacar la copia.

Mas no crea el lector que semejante pensamiento sea un juicio sin fundamento; ese pensamiento es el cimiento de la obra, y su piedra angular. Las madres del Sagrado Corazon no forman sino espías; pero á los Jesuitas se les dirigen mayores y mas crueles imputaciones. Queda sentado que su enseñanza produce traidores; y el abate Gioberti, que tributa un culto especial á la Polonia, encuentra en los desastres de ese pueblo un nuevo requisito que lanzar contra los padres. Oidle (2): “Ya dejo dicho que el jesuitismo fué una de las causas principales de las desgracias de la Polonia y de su decadencia, que tuvo su principio desde los tiempos de Sigismundo. Podria probar que aun hoy dia el

(1) *Gesuita moderno*, t. 4, p. 384.

(2) *Gesuita moderno*, tom. 4. pág. 201.